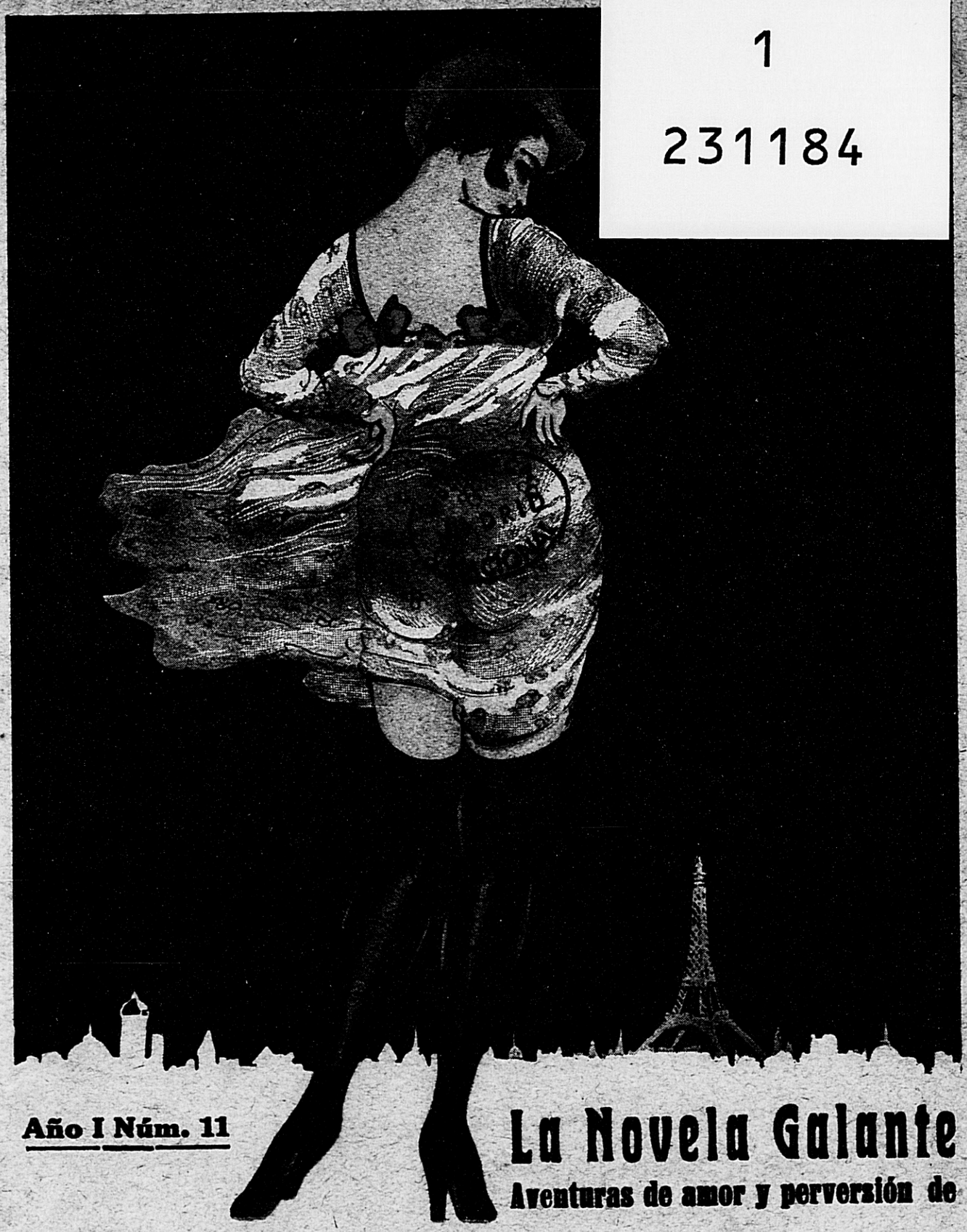
1
231184



Año I Núm. 11

La Novela Galante

Aventuras de amor y perversión de

CLARA MATEI

CUARTO EPISODIO

EN PARIS

EXTRAORDINARIO — 20 Céntimos

1
231184



47/1467408

CLARA MATEI

EPISODIO CUARTO

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

EN PARÍS

47/1467408



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

CLARA MATEI

Episodio cuarto

CLARA MATEI EN PARÍS

De la memoria de Clara Matei se ha borrado toda idea de su viaje a París; tal estaba de aturdida en aquellos momentos. Al ver que el tren corría horas y horas, llevándola tan lejos, a una tan plena libertad, concentró toda su atención en su vida hasta olvidarse de cuanto la rodeaba.

Solo recuerda, vagamente, que en un atardecer lluvioso, se encontró en una estación muy grande, rodeada de una multitud apresurada que la arrastraba en su avance, sola entre tanta gente.

Apenas salida del anden, cayeron sobre ella, como una bandada de cuervos, los corredores de hoteles, asustándola aún más de lo que estaba, con sus gritos. Le ofrecían alo-

R-3188028

jamiento en francés y en alemán, que era para ella, como si oyese gritos salvajes sin sentido; uno de aquellos ban-



Sola entre tanta gente

didos, más perspicaz que los otros, le habló en italiano; Clara Matei, al oír sus palabras, se consideró salvada y

aceptó su ofrecimiento. Subió al coche del hotel y en la sola compañía del corredor, siguieron su camino del hospedaje.

El coche, atravesó el Sena sobre el puente de Austerlitz, cruzó el jardín de Plantas y siguió cortando calles hasta el Boulevard San Miguel.

Clara Matei se encontraba asombrada en presencia de la gran ciudad; la luz de los focos reflejábase en el esfaltado mojado, con largas proyecciones; y era un contínuo ir y venir de gente, protegida de la fina lluvia por los paraguas relucientes.

El corredor del hotel, sentado frente a ella, la miraba fijamente, con un gesto donde se descubrían todas las codicias, y con esa habilidad que les da la profesión, la sometió a un interrogatorio:

—Gracias a Dios que he encontrado una persona que habla la lengua de mi país.

—¡Oh, es bien triste no poder hacerse entender! Y yo, que no me había dado cuenta de este inconveniente de no saber francés en París...

El corredor rió de buena gana la ingenuidad, y con la vista fija en la cartera de Clara, usando de su sagacidad rapaz para conocer el valor en francos de las personas que trataba, siguió interrogándole.

—Qué ¿no ha venido a esperarla su familia?

—No tengo ningún pariente en París.

—¿Y como es eso que se ha atrevido a venir sola?

—Para eso soy libre...

—Paris es muy peligroso para una mujer tan joven.

—Usted tendrá la bondad de acompañarme unos días, hasta que conozca la ciudad.

El corredor le prometió compañía y protección. Este hombre, que había conducido en el coche del hotel a tanto ejemplar raro de la especie humana, no pudo menos que

extrañarse de la rara viajera; cuanto más la observaba mayor era su desconcierto: unas veces le parecía una niña, otras una mujer de mala vida, y en éste titubeo, no sabía en qué forma debía tratarla. Y decidió obrar con cautela, para no perder las ganancias que veía en perspectiva.

—El hotel en el cual se apearon, era un modesto hotel de 10 francos diarios, situado en el Boulevard San Miguel. Se detuvieron en el escritorio para cumplir el ritual de inscripción. Clara Matei dejó allí su nombre y cuando le preguntaron si traía equipaje, se quedó turbada.

—Mi equipaje es éste,—contestó mostrando su valija de mano.

Uu guiño del corredor, hizo suspender todo interrogatorio y subieron hasta un segundo piso, donde estaba la habitación designada para Clara. Una vez en ella, lo curioseó todo, algo molesta por la desnudez de las paredes y ese aspecto tan poco familiar que tienen los muebles que no se usan.

—¿Quiere que le suban la cena o prefiere bajar al comedor?

Miróse a un espejo, no se encontró todo lo bien que ella quería y le contestó:—Comeré aquí.

Y en el momento que el corredor se alejaba, lo detuvo para gratificarlo según le habían dicho era costumbre; a los ojos de éste se descubrió el pequeño capital de la víctima. Marchose, para volver al poco rato y esperar en la habitación contigua el momento propicio para dar un golpe de mano. Clara Matei, tranquilamente, moviendo en su imaginación mil planes para su vida en París, cenó. Y ya de sobremesa, se puso a hojear una Guía de la ciudad y leía con delectación cada nombre y recorría con su vista el gran plano; después, abrió la ventana de su habitación y contempló el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, fantástico

y lleno de gratas sugestiones: Vió los enormes edificios, jardines, luces innumerables; todo envuelto en la niebla clara de la llovizna. Y respirando a pleno pulmón, gloriosa de ilusiones, sintiendo su mente exaltada por una ráfaga de genio, hizo con los brazos un amplio ademán y repitió en voz alta, como si se dirigiera al infinito negro de la noche:

—¡París! ¡París! Tu serás mío...

En tanto, la puerta de la habitación se abría sin ruido y un hombre—el corredor—se deslizaba como un reptil por el suelo, sin un rumor, hasta ir a esconderse bajo la cama.

Al día siguiente, cuando el sol invadía su pieza con sus saetas de fuego, Clara Matei despertó, con la imaginación clara y el corazón alegre; se encontraba llena de fuerzas, capaz de las más audaces empresas.

Buscó, inconscientemente, una ropa matinal, para ir al baño, y entonces se dió cuenta de que no tenía más vestido que aquel que llevó puesto desde el día que salió de Florencia. Púsoselo de cualquier forma y llamó a la camarera para que la guiara. Después de las agitaciones de estos últimos días, sentía un bienestar inefable, una tranquilidad que le parecía increíble; el agua tibia envolvió todo su cuerpo como un gran beso y ella gustó la alegría de verse desnuda y como Narciso, recrearse en su propia hermosura. Y volvió al lecho, donde se tendió desnuda, fresca, ágil... ¡Oh, si en ese momento se encuentra con un hombre que la deseara, no hubiese sabido resistírsele! Su cuerpo, exuberante, se distendía sobre la blancura de las sábanas; es-

taba nerviosa, como si en su haber encontrase un sobrante de vida.

Se vistió; ya solo quedaba al descubierto su cuello, de una belleza marmórea, aquel cuello que se descubría como una promesa de más recónditas perfecciones. Abrió el cajón de la mesita de luz, donde había puesto el collar y las sortijas, que constituían un descalabro en la fortuna de los Valente... ¡No estaban! ¿Los habría escondido en otra parte y ahora no se recordaba?

Nerviosamente, levantó las almohadas, registró todos los cajones, abrió su cartera... ¡Oh, terrible golpe! De allí faltaba todo su dinero... Creyó que aquello era una ilusión de sus sentidos, vacilaba, pero al fin, apretó con violencia el timbre y lo tuvo sonando largo rato. Vino la camarera y el encargado del hotel.

Clara Matei, fuera de sí, gritaba entre llantos: ¡Me han robado! ¡Me han robado!

—Cálmese señorita, calmese — le repetía el encargado del hotel.—Esta casa es muy seria y aquí nunca ha pasado una cosa semejante.

Ella se explicó y el encargado del hotel se permitió poner en duda el robo: ¿cómo podía comprobar que llevaba ese dinero y las joyas? Además: en su casa toda la gente era honrada.

—Pues yo he sido robada esta noche. — Clamó Clara Matei, sintiéndose perdida.

—Puede usted dar parte a la policía, pero sírvase no escandalizar en mi casa.

En ese momento, entró el corredor, y el encargado y la camarera se marcharon haciendo comentarios. Clara, desesperada, hundiendo el rostro entre sus manos, lloraba; al ver a aquel hombre que la acompañó el día anterior, no pudo menos de rebelarse.

—¡A qué casa me ha traído! ¡Esto es una cueva de bandidos!

—Poquito a poco; aquí habemos personas muy honradas. Yo soy el primero en desear que esto se ponga en claro. Sobre todo, por tratarse de una paisana. Es necesa-



Durante la noche había sido robada

rio que usted llame a las personas que conozca, para acreditar sus palabras y daremos parte a la policía...

Ella al oir aquellas palabras recalcadas, lo miró de arriba abajo con una invencible repugnancia. Acaso...

Ante aquel hecho fatal, no podía adoptar otra actitud

que de resignación; había sido engañada y robada vilmente. ¿Qué hacer?

Este hombre, se movía alrededor de ella, como una araña tejiendo su tela; al fin, habló:

—Eso, no debe preocuparla mucho; una mujer joven y bonita, como usted, encuentra en seguida todo el dinero que quiere. Yo comprendo la mala situación en que queda ahora, yo reconozco como un deber, el protegerla, en esta situación.

Y luego, acercándose con misterio y con cierta familiaridad, como si el asunto de que fuera a tratar, fuese también familiar a Clara:

—Yo la llevaré a casa de madame Lisson, donde se le ofrecerán muy buenas proporciones...

No lo dejó continuar y poco faltó para que no le cerrará la boca de una bofetada.

—¡Es usted un canalla! ¡Me ha traído a esta cueva de facinerosos para robarme, para prostituirme! ¡Paso, paso! ¡Fuera, tanta porquería!

Y avanzó resuelta a arrollar a todo el que se pusiera a su paso.

Nadie le dijo nada; conque se marchara en aquella noble actitud de tragedia, hacían un buen negocio.

Y Clara Matei se encontró en una bella mañana, sola, sin dinero, en medio de la calle por la cual pasaba tanta gente que seguía con la mirada su bella presencia. Comprendió que había llegado el momento de luchar.

Todo el día anduvo Clara Matei, desorientada, presa del encanto de la gran ciudad, por las calles de París. Durante este mariposeo se encontró perseguida constantemente por alguno; pero al ver que su viaje no se acababa nunca y que no respondía a ninguna insinuación, acababan por dejarla.

Poco después de mediodía, cuando ella íbase rindiendo por la fatiga, un hombre, más pertinaz que los otros, la seguía, la hablaba y aprovechaba toda aglomeración de gente para tocarla. Clara Matei, cansada al fin, se volvió hacia él y no pudo contener una exclamación; éste al oir que se expresaba en italiano se dirigió a ello con las más cumplidas frases del manual de conversación francés-italiano.

—¡Bueno!—Le contestó Clara.—Ya que me ha molestado usted tanto, tendrá la bondad de decirme donde puedo comer con 3 francos.

—Una mujer como usted puede, en París, hacer cualquier gasto, porque seguramente habrá siempre alguien que no la dejará pagar.

Ella, sonrió complacida ante la singular galantería y se dejó guiar por el desconocido, que era un hombre de ya cerca de cuarenta años, muy bien vestido, pero con cierto aire de sacristía y un tipo de burgués, que eran como un certificado de buen comportamiento; uno de aquellos hombres que parecen incapaces de ningún atrevimiento y que sin duda tomaba esta aventura como la más reprobable inmoralidad. ¿Pero, qué le iba a hacer? La belleza tentadora de Clara Matei lo había convertido, de hombre, en un ser con patas de chivo y cuernos de sátiro...

En un restaurant de la rue Lafayette, almorzaron. Clara iba tomando confianza con el desconocido y a cada palabra que ella le decía, descubriéndole ingenuamente su vida, él haciase mil cruces.

—¿Era aquello posible?

Y aquella mujer exquisita, que lo hacía envidiable a los ojos de cuantos lo miraban, se fué transformando a su vista, en un ser diabólico y peligroso. ¿Qué iba a hacer él con aquella mujer escapada de su casa, robada, sola y sobre todo, virgen? ¡El, que la había tomado por una trotera! Si lo hubiese sabido se guardaría muy bien de haberle dirigido la palabra...

Estas y otras divertidas reflexiones se hacía nuestro hombre; y ya creíase enredado en un grave conflicto... ¡No, no, aquello no podía ser! El, tenía mujer, hijos... Y a veces, aventuras sin importancia, con mujeres que no comprometen y cuestan poco dinero... Pero... ¡Qué iba a hacer con una virgen!

Y decidió desaparecer por el foro a cualquier parte.

—Voy un momento para allá... para allá... Repetía, cortado, aquel hombre, y levantándose como si se encontrara en presencia de algo tenebroso. Hubiese querido decirle: —Señorita, me he equivocado, haga usted el favor de dejarme...

Fué hasta el escritorio, pagó el gasto y se marchó por otra puerta sin ser notado... ¡El, no quería enredos!

La mesa que ocupaba Clara Matei estaba junto a un ventanal de cristales, por donde se podía ver todo cuanto pasaba en la calle; era la hora en que las *midinettes* y obrerillas vuelven a los almacenes y talleres; hora en que florecen las calles centrales de éstas flores humanas, llenas de gracia, de belleza y picardía. Pasan los amantes, alegres, y en ocasiones su efusión cariñosa no se detiene y se encienden los labios en un beso que es como si se abriera una rosa de púrpura en el ambiente. Es una fiesta, una verdadera fiesta para los ojos, esta escena desbordante de vida y sana sensualidad. Clara Matei estaba penetrada de

una profunda alegría y absorta en cuanto pasaba en la calle, no se dió cuenta de que su acompañante no volvía. Media hora debió pasar, hasta que el camarero, quitando la



Media hora debió pasar

mesa, llamó su atención; pero, que hacía aquel hombre, tanto tiempo allá... allá dentro...

Preguntó por él y le dijeron que hacía largo rato había pagado y se marchó.

—¡Qué raro!—Pensó Clara; arregló un poco su *toilette* y de nuevo se encontró en la calle.

Otra vez el vagar por las calles de París, sin rumbo fijó, en espera de lo imprevisto. Llegó la noche y la casualidad no le había deparado ninguna bella aventura. Cansada, sentóse en un banco de los jardines del Luxemburgo; las emociones sufridas durante todo el día; la atención fija siempre en lo desconocido, abatió sus nervios y al sentarse lo hizo como si fuera una cosa muerta, sin voluntad. Todos los hombres que pasaban quedábansela mirando, se detenían un momento, y al no obtener respuesta a sus insinuaciones se marchaban; le molestaba a ella terriblemente el no saber qué le decían.

De pronto, vió delante de ella una sombra, proyectada por un foco de luz, y aquella sombra se movía a un lado y a otro; tuvo la evidencia de que alguien la observaba, de que una mirada recorría todo su cuerpo; la sombra fué acortándose, se perdió y un hombre caminó muy despacio delante de ella; se detuvo, buscó su mirada, para ver si respondía a un gesto de inteligencia.

Clara Matei seguía inmutable mirándolo con esa mirada sin sentido que no dice nada; el hombre, cansado de dar vueltas fué a sentarse a su lado. Ella, sin voluntad, fastidiada, dejándose llevar inconscientemente por la fuerza

misteriosa de las dos pupilas que estaban fijas en su rostro, permaneció en el mismo sitio. Le hablaba él con voz persuasiva, con palabras cuyo sentido no escapaba a Clara. ¿Por qué no huyó de aquel hombre como de todos los demás? Misterio de nuestra existencia; una fuerza inexplicable la dominaba en esos momentos. ¿Qué extraño que aquel hombre tuviese una fuerza magnética, un poder de sugestión que ejercía en esos momentos sobre el organismo de Clara, abúlico y cansado?

Bien poco tardó en convencerse de que era extranjera y le respondía en un tono que no le era desagradable. Con las pocas palabras que él sabía de italiano no podían comunicarse bien. Pero el comercio de amor tiene una lengua universal, que nos identifica con cualquier especie animal. Primero, aquel hombre, cogió una de las manos de Clara entre las suyas; después pasó un brazo por su cintura. Junto a ellos, pasaban parejas de enamorados, muy unidos, riendo gozosos; a lo lejos, por el paseo, iban y venían automóviles y coches, donde mujeres deslumbrantes de belleza y de lujo paseaban sus encantos; las infinitas luces daban un tono fantástico al cuadro. En la fronda, algún pájaro daba con su canto una emoción idílica; era el principio del otoño y el ambiente tibio era cruzado por ráfagas precursoras del frío, que arrastraban unas hojas secas, monotonamente sobre la arena.

En realidad, cuadraba muy bien al paisaje y a la hora, este idilio silencioso. Clara Matei no era nada más que un instrumento del sátiro; él era quien resumía el sentimiento lujurioso de la noche; sí, la noche es gran engendradora de lujurias; dijérase que la naturaleza tiene vahos de polen, que penetran con extraños ardores en nuestrs venas.

Tomaron un coche, que los llevó lentamente, por los Campos Elíseos. El, no conforme con poner su brazo en la

cintura de aquella hermosa flor italiana que lo electrizaba, fué levantando poco a poco su mano, hasta aprisionar en ella uno de sus senos; aquel seno tan perfecto, redondo y duro, culminando en rígida punta, hizo sugir de placer al sátiro, que casi estaba echado por completo sobre su acompañante. Gritó al auriga una dirección, chasqueó el látigo y los caballos partieron a escape, hasta penetrar en los jardines de una regia mansión.

Clara Matei se encontró frente al desconocidoo, en una habitación suntuosamente amueblada, llena de espejos, que multiplicaban su figura esbelta y bellamente incitante. El hombre la cogió por la cintura, la cubrió de besos y le dijo las frases mas pasionales que ella adivinaba en la voz cálida y en el aliento de fuego. La mano varonil, velluda y fuerte que se afirmaba en su espalda, tiró de la blusa, se abrieron los broches y quedó al descubierto el hombro impecable de Clara Matei, perfecto como el de una venus clásica. Y en su hombro se clavaron los dientes del sátiro, en un beso voraz y absorvente; ella dió un grito y su cuerpo se cimbreó, se contrajo. Luego, las dos manos, como dos garras, se afirmaron en los senos desnudos, virginales y en un violento empuje la arrojó sobre el lecho. Clara Matei gritaba, se defendía, pero todo su esfuerzo resultaba inútil; el hombre la tenía aprisionada, en el paroxismo de su exaltación loco de placer; hasta que la virginidad, como un nuevo rosal que hace eclosión a influjos del sol y de la mañana, se abrió en flores de púpura.

Ella, como una víctima sacrificada, cayó con los brazos extendidos sobre el lecho, presa de recónditos dolores; en tanto el hombre, la contemplaba asombrado, jadeante, luchando entre el júbilo y el miedo: — ¿Qué significaba aquello?

—¡Eras virgen!—Le repetía, esforzándose por despertarla de su anonadamiento.—¡Eras virgen!

Clara Matei no respondía, aturdida por el terrible gol-



Sacó de su bolsillo un luis

pe, la forma absurda y ridícula en que el amor la había violado por primera vez. Y miraba a aquel hombre como a un extraño, como hubiese podido mirar a un ladrón o a un asesino. El hombre, se cansó de hacer esfuerzos porque la entendiera, porque ella se explicase, y en vista de que nada conseguía, adoptó una actitud de indiferencia.

—¡Bah!—dijo.—Es muy bella, pero debe estar loca...

Estuvo un largo rato en la habitación. Clara Matei, refugiada bajo la sábana, con las pupilas abiertas y fijos en un punto, no se movía.

El hombre, al fin, miró su reloj hizo un gesto de sorpresa y adoptó una actitud filosófica: sacó de su bolsillo un luis y dejó la moneda de oro en la mano indiferente de Clara, que no la rechazó.

Se despidió; ella no le contestó. Púsose el sombrero y al traspasar la puerta, no pudo contener una exclamación:

—¡Mujer más rara...! Paciencia.

¡Oh, si él lo hubiese sabido...!

::::

Cuando se encontró sola, lanzó un gran suspiro, seguido de una exclamación:

—¡De qué manera más estúpida he sido mujer!

Se levantó pausadamente; todos sus huesos y sus muslos, estaban resentidos, como si acabaran de darle una paliza terrible. Contempló la moneda de oro de sus manos y no pudo menos que sonreir:

—¡El precio de mi virginidad! Los hombres son unas bestias...

Miró en una de las paredes de la habitación un pequeño cuadro con una lista del precio; sentíase muy débil y sedienta: tocó un timbre. Un viejecito calvo, algo encorvado y de cara bondadosa se presentó ante ella; preguntóle ella si sabía hablar en italiano. Entonces él, poniendo un rostro muy suave y turbia la mirada, como puesta en el pasado, le contestó en perfecto milanés:

—Es mi patria.

—¿De veras? Le respondió Clara, llena de alegría y poniéndole la mano en el hombro, cariñosamente.

Sí... Pero ¿qué haces tú aquí muchacha?

—¡Oh, es muy largo...!

¿El viejo, que era un maestro de discreción, varió el tema para preguntarle qué deseaba? El señor que vino con ella, ya había pagado la habitación por toda la noche.

—Deseo comer. Le respondió Clara. Estoy muerta de debilidad. ¿Si usted fuera tan bueno que quisiera traerme algún bocado en la cama?

—Lo que usted quiera, mi señorita. Respondió el viejo, lleno de solicitud.

Y así, mientras él le servía la cena, fueron sus nervios aplacándose con el dulce conversar de las cosas de la tierra; poco a poco, fueron tomando mútua confianza, como dos náufragos en un país desconocido...

Este era un viejo resignado y bueno, cuya vida había sido destrozada por una mujer que lo abandonó un día, dejándole como única razón de su existencia, una niña, que él cuidaba con el verdadero cariño de una madre. Vivía en una humilde casita del bajo Montmartre; cada noche, dejaba a su hija acostada y resignadamente iba a su ocupación; había tenido que aceptar, como un refugio de su vejez, aquel puesto en el hotel-meublé.

La situación de Clara Matei logró interesarle profundamente; ya al amanecer, a la hora de marcharse, entró a

su habitación según ella se lo había indicado. Estaba despierta:

—¿Y qué harás ahora, muchacha?

—Ni yo misma lo sé; saldré a la calle y será lo que Dios quiera...

—¿Sabes qué he pensado una cosa? Tú eres joven y bonita; no has caído todavía en el vicio, pero estás en esa pendiente fatal. Puedes hacer esa vida, si quieres, pero luchas con una gran desventaja: no puedes entenderte ni hacerte entender en esta ciudad. Y no conociendo el medio, caerás muy bajo, muy bajo... ¡Aquí hay mucha basura! ¿Quieres venir a mi casa y vivirás allí sin preocuparte de la vida hasta que tengas una orientación.

Clara Matei aceptó contentísima; aquel era un camino, un hermoso camino a seguir, encontrado en medio de la selva enmarañada donde se había perdido.

Y en un amanecer, sugestivo y hermoso, como todos los amaneceres, cruzaron el viejo y Clara, las calles desiertas de París. Solo se tropezaron con obreros y trasnochadores; solo el grito de los vendedores hendía de tarde en tarde el aire matinal. Sobre el azul difuso del firmamento, aun lucía la luna, en cuarto— menguante, seguida por una estrella grande, lechosa, como por un amante fiel que espera que élla desaparezca para desaparecer con ella.

La larga distancia que recorrieron hasta el bajo Montmartre, no fué notada por Clara Matei, absorta por las grandes avenidas y los edificios, majestuosos, sólidos, que en esa hora del amanecer tienen también su poesía. Habían entrado por una calle angosta, de casas bajas, y a Clara Matei, le chocó poderosamente una pareja de enamorados que se tropezaron al paso: llevaba él unos pantalones anchos y ajustados abajo, una americana ceñida al cuerpo, con el cuello levantado y gorra; las manos en los bolsillos,

el rostro pálido, sobre cuya frente caía un mechón de pelo; la mirada dura. Ella iba cogida de su brazo, muy pegada a él; su indumentaria no podía ser más sencilla y marcaba sus formas, sus carnes, un tanto cansadas; era rubia, más fea que bonita y tenía su rostro un extraño gesto.

Clara Matei se los quedó mirando fijamente y ellos respondieron a su mirada, mirándola extrañados; ella se volvió para mirarlos de nuevo en el mismo instante que ellos hacían lo propio.

El viejo, se dió cuenta de la sorpresa de Clara, ante esos tipos y le dijo:

—Mala gente.

—¿Qué son?

—Apaches.

Ella se estremeció toda, al conjuro de aquel nombre, que traía a su mente extraordinarias y sangrientas historias.

—Apaches... Y como sabiéndolo los dejan andar sueltos.

Oh, en este barrio hay muchos...

En ese momento, se detenían ante una pequeña puerta que abrió el viejo. Y en un patio, como puesto allí al azar, estaba el cuerpo del edificio, con sus dos habitaciones y más allá, la cocina de madera.

Una vez dentro, el viejo se llegó hasta la única cama de la casa, despertó a su hija con un beso y le dijo:

—Mira, Rosina, desde hoy, tendrás una amiga en casa; vivirá con nosotros esta señorita; tú te encargarás de enseñarle el francés porque acaba de llegar de Italia...

—¿De Italia?—Dijo la pequeña poniéndose de un salto, de pié en la cama. ¿Y trae noticias de mamá? ¿Está ya sana? ¿Cuándo volverá?

—El rostro del padre se ensombreció. El le había dicho que su madre estaba en Italia, curándose de una grave enfermedad, para justificar su desaparición.

—Ya hablaremos de eso, luego; no son buenas las noticias que nos trae...—ahora, a levantarte y dejar sitio a papá.

A Clara Matei, le agradaba la presencia de aquella diminuta mujer, que con una chocante seriedad infantil hablaba de todos los quehaceres de la casa.

—Tan pequeña...— Pensó en voz alta, admirada.

Y el buen viejo le respondió:

—La necesidad obliga y tiene cara de hereje.

Desde aquel día, formaron una común familia; y era como si la existencia de los tres, se hubiese aliviado de algún peso. ¡compartían muy bien su soledad!

Clara Matei, con su inteligencia penetrante, muy pronto dominó el francés y se familiarizó con aquel barrio pintoresco, donde su belleza era admirada y deseada.

Cada mañana, Giovani, que así se llamaba el viejo, traíale los diarios atrasados que se dejaban en el hotel, y su hija y Clara, gustaban, en los ratos desocupados, leer con delectación, las hazañas de los apaches, grabando en su mente el nombre de los de una banda u otra. Y luego los observaba muy detenidamente al encontrárselos por la mañana, o al anochecer.

Y los contemplaba con admiración, casi como a héroes, para luego soñar con aventuras misteriosas y terribles.

Al verlos pasar junto a ella, por la mañana, exclamaba para sus adentros:

—¿Qué asesinato? ¿Qué robo extraordinario será el que vienen de cometer, tan tranquilos? Y si era por la noche:

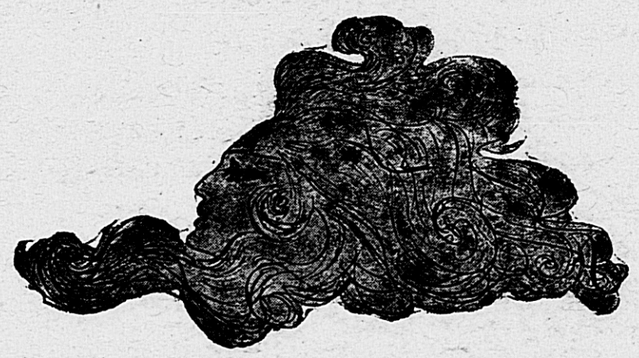
—¿Qué plan realizan hoy? ¿Hacia qué cueva tenebrosa se dirigirán?

Y hubiese deseado conversar con ellos, ser su confidente... Y ¿por qué no? Ser la amante de uno de los jefes de cualquier banda... ¡Cuántas emociones!

Otro motivo de curiosidad para ella, eran los artistas

bohemios, con sus sombreros anchos, sus chalinas, sus grandes melenas; parecíanle bandadas de pájaros extraños. Le gustaban aquellas frases tan bonitas que le decían al pasar y sonreía siempre a las reverencias y saludos que hacían a su paso...

FIN DEL CUARTO EPISODIO



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

LA NOVELA GALANTE

Es la mejor publicación galante de España

Texto amenísimo ▫ Espléndida Ilustración

Las mejores firmas clásicas y modernas

Lo más selecto de la literatura galante

Las Aventuras de amor y perversión de

CLARA-MATEI

Todas las *picardias*, todas las *perversidades* del cerebro femenino, se estudian en esta obra, por primera vez vertida a la literatura española, y cuya fama es mundial.

De la primera traducción francesa se hizo una tirada de 260,000 ejemplares. ¡No hay otra obra que haya alcanzado un éxito tan enorme!

Próximos episodios de CLARA MATEI

5.° Bohemios y apaches

6.° La taberna roja

En el próximo número

Besos dolor e higos

del estupendo ISMAEL LOKI

Linotipia.—Provenza, 304